

Entonces él viviera,
Y tu blando carácter,
Aunque simple, sería
Ejemplo en las edades.

¡Ay! guárdente los cielos
De enemigos falaces,
Y tu alba frente ciñan
Laureles inmortales. (1)

(1) Cuando en el año de 1807 pasaron estas diez oditas á la censura del señor D. José Manuel Sartorio para que se imprimieran en nuestros diarios, compendió tan respetable sabio todo su parecer en esta corta, pero enérgica exclamación:

“¿Quién puede negar su aprobación á estas “bellezas” tan dignas de salir al público?”—SARTORIO.

De intento no he querido poner esta nota hasta el fin de ellas, porque no dudo que encantado ya el lector con su hermosura, exclamará también: ¿Quién te puede negar el tributo de la admiración, oh dulcísimo Navarrete?—E.

La música de Celia.

.....Quoniam convenimusambo
Tu calamos inflare leves, ego dicere versus.

VIRGIL. EGLOG. 5.

ODA PRIMERA.

Id, mis versitos tiernos,
A la presencia augusta,
A las aras divinas
De Celia, deidad dura.

Id á sus manos albas,
A sus manos ebúrneas,
Que al jazmín hacen negro,
Y á la azucena oscura.

Aquellas manos sabias,
Que diestramente pulsan
El órgano sonoro
De las cantoras musas.

Besadlas: ¡ay! besadlas
Con sumisión profunda,
A nombre del que os manda
A tan sagrada altura.

¡Ay! venturosos hados
Tengáis, y que os induzcan
Por sus muy castos ojos
Santo amor y fe pura.

ODA II.

Canten otros poetas
De su objeto amoroso
Claveles por mejillas,
Y luceros por ojos.

Mientras que en pequeñuelos
Dulces versos yo entono
La música suave
De la niña que adoro.

¡Oh! préstame, divino
VALDES, tu laúd de oro:
El mismo que pudiera
Honrar al grande Apolo.

Comunicame el tierno
Aquel muy blando soplo,
Que fué para tus versos
Como un vital favonio.

Así tu diva Filis,
Con recuerdos gloriosos,
Enjugue para siempre
Tus tan fúnebres lloros.

Entonces mis versillos,
Con són más delicioso,
Que plácido murmullo
De pequeñuelo arroyo,

Irán á los oídos
De un simulacro hermoso,
Duro á mí, como blando
A musicales tonos.

¡Ay, Celia! ¡ingrata Celia!
Acá como en un trono
En el alma te miro,
Y humillado te adoro.

ODA III.

En éxtasi el más dulce
Mi alegre fantasía
Del célebre Parnaso
Llevóme hasta la cima.

Entre mil caprichosas
Cuanto agradables ninfas,
El alma me arrebatan
La "Música" y "Poesía."

Estas dos bellas artes,
Como IRIARTE decía,
Yo las ví que tocaban
En una misma lira.

Y Jove, el almo padre
De tan augustas hijas,
Desde su solio excelso
Luces les comunica.

Al paternal influjo
Estrechamente unidas,
Una y otra abrazadas
Sus gracias eternizan.

Mútuos sus sacros labios,
Las rosadas mejillas
Con ósculos se alternan
En fraternal caricia.

Aquí vuelvo del rapto,
Celia del alma mía,
Solicitando el goce
De tu gracia benigna.

Y que los duces versos
De mi tierna poesía
Los llevara á sus tonos
Tu música divina.

¡Oh, si tal sucediera!
¿Cuánto mejor sería
La realidad, que el sueño
De la imaginativa?

ODA IV.

¿Qué quieres, amor necio,
Si en pago del cariño
Que á Celia ingrata tienes,
Ya su rigor has visto?

¡Oh, más que el bronce dura....
Sí, más que el bronce mismo
Dura, la que maltrata
A un ternezuelo niño!

Así exclamaba, cuando
En mi triste retiro,
Dura Celia, contemplo
Tu rigor excesivo.

Entonces, sea sueño
Que me cae de improviso,
O fantástico rapto,
O amoroso delirio,

Ví entrarse por la puerta
De este cuarto que habito
Dando débiles ayes,
Un pequeño infantillo.

¿Qué tienes? le pregunto.
Dímelo, ¿andas perdido?
¿Eres huérfano acaso?
¡Ay! ¡pobre muchachito!

Ya un diluvio de llanto
Sus tiernos cachetitos
Inundaba, moviendo
Mi ánimo compasivo.

Y arrancando del alma
Un blando suspirillo,
Me responde: "papá,"
"Papá," yo soy tu hijo.

¡Ay! qué ¿no me conoces?
Yo soy tu amor, el mismo
Que en Celia rigurosa
A "mamá" solicito.

Porque absorto en las gracias
De sus músicos trinos,
Elevado me tiene
Con sonatas y tríos.

Mas ella me despacha
En busca de cariños,
Y madre que me envuelva
A..... No puedo decirlo.

Sí, ya te entiendo mi alma,
Le contesto: ¡angelito!
Vente á mi pecho, vente
A tu cuna, á tu abrigo.

Duérmete; y la esperanza,
Consuelo de afligidos,

Que te mantenga.... calla;
Ten paciencia, hijo mío.

ODA V.

Discípula de Apolo:
Cuando yo te contemplo
Divertida pulsando
El sonoro instrumento:

Cuando en raptos del alma
Miro tus albos dedos,
Honrando del teclado
Los marfiles muy tersos:

Estaba por decirte
Que como en grato sueño
Escucho, aunque distante,
Los acordes acentos.

Tu música agradable
Con un divino fuego
Alienta, sí, no hay duda,
Alienta mi deseo.

¡Ay, Celia, Celia hermosa!
Con sus alas soberbio
Sube á gozar las luces
De tu elevado cielo.

Mas ¡ay! que deslumbrado
Tan loco pensamiento,

Precipitado baja;
Pero en amarte ciego.

Ciego en amarte sigue.
Por más que tus intentos
Castigos le preparen
Después de mil tropiezos.

Este es amor constante;
Mas con tan dulce objeto,
Las penas se hacen glorias,
Favores los desprecios.

ODA VI.

Jamás, ¡oh cielo santo!
La tentación tuviera
De amar niñas que juntan
A lo sabias lo serias.

Mi voluntad, medrosa
En esta parte, era
Virgen, y así tenía
Su algo de recoleta:

Y mi amor, cauto niño,
No obstante su inocencia,
Hecho voto tenía
De castidad perpetua.

Pero ¡ay! que al contemplarte
Aunque adusta, discreta,

Todas mis precauciones
Las echaste por tierra.

Mas nada habías perdido,
Si por la contingencia
Tu gracia, Celia hermosa,
Mi amor te mereciera.

Podías, y yo lo digo,
Correspondiente tierna,
Siquiera porque hasta ahora
Tú has sido la primera.

¡Oh, Celia, Celia ingrata!
¡Ay! ámame siquiera
Porque nunca en mi vida
Quise á graves ni austeras.

¡Oh, cómo te cantara,
Y al compás de tus cuerdas
Te dijera mil dulces
Mil cancioncillas tiernas!

ODA VII.

¡Oh, dichosos mil veces
Músicos celebrados:
Tú, "Pleyel" expresivo,
Tú, "Haiden" soberano!

¡Dichosos! sí, por vuestras
Obras de ingenio raro,

Que acaso la hábil Celia
Ahora está estudiando.

Esto os hace, no hay duda,
Aun más afortunados:
¿Para qué mayor gloria?
¿Para qué mejor lauro?

Yo no le trocaría
Por el eterno ramo
Que en su dorada frente
Ostenta Apolo ufano

Vuestras composiciones
Por virtud, ó milagro,
Hagan su alma más dulce,
Y su genio más blando.

Susciten en su pecho,
En su pecho más blanco
Que la cándida nieve,
Y el bruído alabastro,

Aquellos sentimientos
Divinos, más que humanos,
Que presumen de tiernos,
Sin desmentir lo castos.

El mismo amor que en ella
Tiempo ha que estoy buscando,
Por lisonja á lo menos
Del gusto con que la amo.

ODA VIII.

Inconsolable estaba
El niño Amor, y dicen
Que á su madre la diosa
Así le llora triste:

“¡Ay, madre! no sé cómo,
No sé cómo decirte,
Que Celia inexorable
No quiere recibirme.

Esta deidad me agravia,
Cuando es que no me admite,
Porque intereses bajos
Son mis únicos fines.

¿Qué dices, madre, de eso?
Alma madre, ¿qué dices?
Pues yo ¿para qué quiero
Los dones contentibles?

Aunque muchacho, no ando
Con empeños pueriles;
Ni hago el trato un comercio
Que me desacredite.

Yo busco los halagos
En tonos apacibles,
Como niño criado
Con tus tiernos melindres.

Estos son en mis "pascuas"
En mis "pascuas" felices
Mi "turrón de Alicante,"
Y también mis "confites."

¿Y qué cuando se llegan
Mis cumpleaños? me sirven,
Sí, los dulces halagos
De muy preciosos diges."

Entonces Vénus blanda
Risueña es que le dice:
"Añda, cuitado, aprende
Las chanzas femeniles.

Y á la deidad que nombras,
Y en gracias me compite,
Díle: que eres muchacho
Digno que te acaricien.

Que te quiera, que te ame,
Que te adore, y estime,
Que á su seno te lleve,
Y que en él te eternice."

ODA IX.

A tí, Fama gloriosa
De la divina Celia,
Que sus gracias publicas
Con cien bocas parleras:

A tí que le das todo
Un cúmulo de prendas,
A tí me quejo, Fama,
Pues tú me haces quererla.

Si es tan tierna que admite
El símil de la cera,
Cuando dócil se ablanda
A la llama febea:

¿Cómo dura resiste
Cual diamantina piedra,
Al fuego de un amante,
Que ansioso la desea?

No, Fama, cuando alabes
Tanta beldad, expresa,
Su ingratitud, cual mancha
De toda su belleza.

O así como la sombra
Al claro sol opuesta,
O en cándida mañana
Como una nube negra.

Y tenga Celia ingrata
El nombre de discreta,
Y de hermosa, y de sabia,
Y otras mil cosas buenas:

Y sobre todas cuantas
La "música" se lleva

Alabanzas sublimes,
Publíquese maestra;

Pero el honor más grande
De la naturaleza,
El título de "dulce,"
No, Fama, no lo tenga:

Hasta que á mis amores
No haya dado las pruebas
Que las leyes imponen
De la correspondencia.

ODA X.

Estas son, ¡oh sagrado,
Excelso, sabio númen!
Las sílabas postreras
De mis versillos dulces.

Sí, Apolo, para siempre
De tu elevada cumbre
Me despido, morando
El rubor que me cubre.

Porque dime, si Celia
Como un empeño inútil
Había de leer mis versos,
¿Por qué suave le influyes?

¿Por qué su alma dispones
Con todas las virtudes

De músicos encantos,
Aunque el verso no escuche?

La música y poesía,
Por tus hijas las tuve,
Y en armónicos lazos
Las hiciste insolubles.

¡Ea! vaya, Apolo, dile
Que con su hermana junto
A mí poesía tierna:
Por más que la repugne.

Que es paternal precepto,
Y es fuerza se ejecute,
Que un punto no se aparten
Las hijas de tu númen.

¡Oh, si tal sucediera!
Yo en métricas laudes,
Su "clave" elevaría
A esos cielos azules.

Para que allí brillara
Como la lira ilustre
Del milagroso Orfeo,
Entre las claras luces.

ODA XI.

¿Con que puedo entregarme
Al consuelo? ¡dichosas
De amor las dulces flechas
Que cuentan mil victorias!

La mayor fué vencerte:
Sí, Celia, y más que todas
Al amor acredita
De fuerza poderosa.

Todo el amor lo vence:
Y por el alma toda
Se me entra y me consume
Su tea abrasadora.

Pero, ¡qué dulce! ¡ay, Celia!
¡Ay, Celia muy hermosa!
¿La sientes tú? pues deja,
Deja abrasarte toda.

¡Oh, blandos Cupidillos!
Con alas vagorosas
Volad: venid: tejednos
Bellísimas coronas.

Quemad inciensos suaves:
Esparcid frescas rosas:
Cantadnos dulces himnos
Con gargantas sonoras:

Y repetid alegres
De amor la gran victoria;
Si Celia con su "clave,"
Fidelio con sus "odas."

En la siguiente composición imitó bellamente el autor á D. Juan Meléndez Valdés, en la "Paloma de Filis." ¡Gran privilegio de los poetas: transmitir á la posteridad aun las mínimas cosas de sus dueños!—E.